

Imagen de Dios y dominio de la creación.

Francisco García Martínez.

Introducción.

La última encíclica de Benedicto XVI nos invita a reflexionar “sobre el desarrollo humano integral en la caridad y en la justicia”, como reza el subtítulo. Un sustantivo y dos adjetivaciones: El desarrollo integral está en el centro. A él se refiere manifestando cómo la creación debe ser trabajada por el hombre mismo para llegar a sí misma, para realizarse. No está hecho el hombre ni su mundo ya del todo, vive en un camino en el que debe encontrarse y encontrar junto con los demás hombres los caminos de su realización. Este proceso debe desarrollarse en el ámbito de cada generación y en el movimiento de las generaciones que unas a hombros de otras buscan realizar lo humano plenamente. En este sentido el hombre no es sólo fruto de fuerzas que le dominan o de un Dios que le modela como a una realidad inerte, sin libertad, sino que es llamado desde su propia constitución a realizarse a sí mismo y a desarrollar las posibilidades del mundo. Las dos adjetivaciones muestran la tentación con la que se encuentra el hombre en este desarrollo. El marcar un camino (*en la caridad y la justicia*) supone que se pueden elegir otros caminos, de hecho que se han elegido y se eligen otros caminos, en el mejor de los casos, con buena voluntad pero incorrectos, y en el peor incorporando elementos perversos amparados por beneficios individuales, grupales o a corto plazo. De ahí la invitación *a la verdad y a la caridad*.

Nosotros vamos a identificar desarrollo integral con desarrollo de la imagen de Dios inscrita en el hombre desde su misma concepción en el designio de Dios. Ser hombre “como Dios manda” (como dice aquel refrán tan atinado teológicamente) significa ser imagen de Dios personal y, como veremos, como genero humano.

Ahora bien, ¿qué significa ser imagen de Dios? ¿Cuál es su cualidad principal? Según el texto de Génesis 1, 27-28 se trata de reproducir representando el señorío de Dios sobre el mundo: “Creced, multiplicaros y *someted la tierra*”. Sin embargo, ¿qué decir de este señorío cuando nuestro poder, tan vasto en muchos ámbitos, está continuamente destronado por situaciones incontrolables o invencibles, cuando nuestro poder se enfrenta a su no poder no morir o cuando se enfrenta a su poder de destrucción y muerte?

La sensación y la posición.

Durante los dos últimos siglos el hombre ha experimentado como nunca su poder sobre la realidad y a la vez su limitación en medio de ella. Sus logros en la organización política, en la organización social y los derechos civiles, en el dominio técnico sobre el mundo (desde la agricultura hasta la medicina, desde la producción de energía hasta sus

aplicaciones a la vida cotidiana) le han hecho sentir que todo estaba en sus manos, que había llegado el momento de desprenderse de toda limitación, de elevarse por encima de sí mismo y de su caducidad. Hasta la muerte llegaron a pensar algunos que podría ser dominada algún día. Sin embargo, con igual fuerza se ha impuesto el límite de este desarrollo que se ha mostrado a veces terriblemente frágil y otras terriblemente ingenuo y devastador. Las dos guerras mundiales y la multitud de conflictos locales, las ideologías totalitarias, las diferencias sociales y económicas entre las diferentes partes del mundo justificadas por los sistemas económicos, la degradación ecológica, el terrorismo... han hecho aparecer un pesimismo sobre la razón y sobre la acción humana hasta llegar el hombre a percibirse como un problema para sí mismo y para el mundo.

Mientras que los mundos económicamente más desarrollados anestesian a la población con un divertimento consumista continuo, cada vez que la realidad sacude con el sufrimiento al hombre éste percibe la limitación de sus posibilidades, incluso de las más grandes. A nuestro exceso de optimismo le han bajado los humos fuerzas externas e internas al hombre que continuamente se manifiestan robándole la esperanza.

Así nos encontramos en una sociedad baja de moral, con una apatía generalizada, escéptica de toda utopía o compromiso. Si no hace mucho en España se vivía una movilización esperanzada en los ambientes políticos, económicos, sociales... hoy el fracaso de muchas esperanzas y compromisos ha cargado con un peso de escepticismo y desafección ante la misión de implicarse en la tarea de la construcción social, en el ejercicio del señorío sobre el mundo en todos sus ámbitos para hacerlo habitable. Esto se junta a nuestra pereza, casi entrópica, que se justifica amparándose en los fracasos obtenidos y hace que parezcamos atados y faltos de pasión por ejercer el señorío al que Dios nos llama¹.

A. Smith hablaba ya hace años de una *mano invisible* que ordenaría la economía de mercado haciendo que el libre mercado solucionara por sí mismo las descompensaciones en el reparto de la riqueza que pudiera crear en la sociedad. Utilizando esta misma metáfora, ahora sentimos que existiría esta especie de *mano invisible* que, al contrario de los que pensaba Smith, ata el mundo a un *status* ante el que no tenemos poder y que continuamente lo frustra. Políticamente las democracias van encaminándose a democracias nominales dominadas por las estructuras de partido y sus intereses, económicamente los movimientos del capital se desligan del control de los estados hasta hacerlos tambalear más allá de sus posibilidades de acción (véase el colapso de la economía con el problema de las hipotecas *subprime*), científicamente el desarrollo técnico se somete a lógicas empresariales privadas y de bienestar a toda costa más que a lógicas de humanización. En la misma encíclica se habla de lógicas de poder, intereses privados escondidos que no dan la cara... El mundo estaría sometido a lógicas autónomas, muchas de ellas humanas, pero ya apenas dominables por los humanos, que regirían el mundo. Como antaño los griegos hablaban del *fatum* o del juego de los dioses en la historia de los hombres, o Pablo de los principados y las potestades, o san Juan del principado de Satán en el mundo... hoy con otros nombres, en una perspectiva que nuestra vanidad de hombres evolucionados y racionales nombraría con apelativos menos míticos, estaríamos en la misma situación. O al menos esa impresión da cuando a la deserción de la implicación social se adhieren tantas creencias en torno a la suerte y sus primos los amuletos.

¹ Parece haber pasado el tiempo del gusto por ejercer el señorío sobre la realidad para configurar una sociedad libre y socialmente justa, señorío fatigoso y muchas veces frustrante, y quisiéramos ya sólo vivir no como señores sino “como marqueses”.

La sensación que se ha ido extendiendo en nuestra sociedad es la de que no se puede hacer nada por influir en la política, en las leyes económicas, en el desarrollo científico... y esto ha generado una posición social de la ciudadanía en la que se ha desactivado la implicación social y generado un repliegue hacia los ámbitos de vida privada. La desafección por los problemas sociales, la queja continua e individualista sobre los propios derechos y necesidades, y la desesperada y violenta manifestación de cuando en cuando como expresión de impotencia o de falta de confianza en los mecanismos sociales de organización de la vida... junto a la dejación de funciones de la mayor parte de la sociedad porque “no se puede hacer nada”, parecen las características del hoy de nuestra cultura social.

Nuestra fe, sin embargo, afirma que Cristo ha alcanzado el señorío sobre el mundo y que ha entregado su mismo espíritu a los suyos. Por decirlo con palabras de la carta a los romanos, ha liberado de la esclavitud a una creación sometida a los poderes de muerte y la ha despertado en los hombres, con su Espíritu, su filiación divina y la libertad gloriosa frente a toda esclavitud y desesperanza. Ahora podemos ser del todo imagen de Dios, señores de la creación. La verdad es que esta afirmación contrasta con la visión de nuestra sociedad y de nosotros mismos. ¿Habría que decir que el señorío de Cristo se ejerce en ámbitos escondidos de la realidad que nosotros no percibimos, como aquellas luchas de dioses de las que los hombres recibían bienes y sufrimientos... y que se daban al margen de lo humano? Nuestra fe no afirma esto. ¿Significa que debemos dejar que el señorío crístico logrado sea apropiado sólo por los poderes sociales como si ellos fueran sus representantes? Tampoco esto coincide con nuestra fe que siempre ha sido crítica, al menos en sus bases teóricas, contra toda identificación entre poder humano y justificación divina de tal poder.

Si el mundo está destinado a someterse a Cristo que ha sido constituido como su Señor, y este señorío es compartido con los hombres que reciben su Espíritu que está destinado por otra parte a todos, todos estamos implicados en la configuración de un señorío sobre el mundo que libere a la creación de su corrupción y la abra a una consumación gloriosa donde el hombre alcance su pleno desarrollo, su desarrollo integral. En este sentido la encíclica afirma que no basta con la perspectiva individual, con la reducción del ámbito humano/cristiano de acción al espacio de la vida privada, es necesario el amor *in re sociali*, es decir, en el empeño de configurar una sociedad nueva. Sólo así se consigue un desarrollo integral y se manifiesta realmente el señorío sobre la creación querido por Dios y que, dado a todos en Cristo, aguarda a consumarse en él.

Esto significa que los cristianos tenemos un deber misional que no es sólo el de anunciar la fe, sino el de vivirla en la forma de un señorío concreto que venza toda desesperación y luche contra todos los poderes invisibles que distraigan al mundo de su verdadero destino o que lo subviertan. No basta, pues, con una fe y bondad piadosa, aquella en la que hacemos coincidir ser bueno con ser simpático e ir a misa, o que hay que ser generoso, lo cual hacemos consistir en dar alguna limosna un poco compungidos... Nosotros *hemos de ser perfectos como nuestro Padre celestial lo es* (Mt 5, 48), lo cual significa que hemos de asociarnos a su forma de ser Señor sobre el mundo para alcanzarnos a nosotros en un desarrollo que desarrolle una *caritas in veritate in re sociali* (nº 5). Aquí *in veritate* podría significar el amor por lo verdadero más allá de lo establecido, de lo ventajoso, de la inercia que decide por nosotros... e *in re sociali* podría significar más allá del mundo de nuestro pequeño yo, no entregar al mundo a las fauces de los intereses de lo impío si a mí no me afecta.

Existe en este camino una tentación que requiere una purificación crítica continua. Consiste en aquella idea de que esta configuración de la sociedad se realiza sólo y exclusivamente desde los ámbitos del poder y del control social, es decir, por imposición de la verdad. Esto es lo que con sus mejores intenciones está detrás de la sociedad de cristiandad y que aparece en el creyente en acción o en deseo de continuo. Sin embargo, el poder tiene siempre el peligro de ser él mismo sin más. De ser poder que puede más allá de toda limitación y aquí se sitúa la advertencia de Jesús: *ved a los jefes de las naciones... cómo las tiranizan, no sea así entre vosotros. Vosotros sois servidores* (Mc 10, 42-45), y añadiríamos: *en donde estéis*. Cristo debe purificar el contenido y la forma de todo desarrollo y de toda implicación en él, y lo hace con su vida y su muerte como quicio de discernimiento. Entrega, muerte y resurrección que deben marcar toda acción por un lado, y sacramentalidad por otro. Es decir, el señorío no es incompatible con la muerte o con la aparente impotencia para transformar el mundo que debe resucitar más allá de nuestras posibilidades aunque no sin nuestra acción servicial. Y el señorío se expresa sacramentalmente en espacios simbólicos donde la Iglesia manifiesta una forma de sociedad nueva abierta a todos, pero no impuesta a nadie.

El señorío de Dios y el desarrollo humano.

Pasemos ahora a analizar cómo es el señorío de Dios para ver cómo debería ser la perfección del señorío humano (que se ha realizado en Cristo y que él mismo comparte con nosotros a través de su Espíritu)

Quizá en primer lugar tenemos que reflejar aquella conciencia desarrollada en los últimos siglos, en la que el antropocentrismo ha leído el mundo como espacio de acción del hombre liberado de la tutela de los poderes religiosos y, finalmente, liberado de Dios mismo. Se trata del proceso de secularización. Nada de esto debería haber creado un espacio de conflicto con la interpretación religiosa del mundo, ya que en ella éste es entregado por Dios al hombre. De hecho el mismo Concilio Vaticano II ha reconocido la autonomía de las realidades temporales y los beneficios que el desarrollo de la actividad del hombre en este ámbito ha producido. “En nuestros días, gracias a la ciencia y a la técnica, el hombre ha logrado dilatar y sigue dilatando el campo de su dominio... y por diversos medios de intercambio haciendo y sintiéndose una sola comunidad en el mundo” (GS 33). Sin embargo, si esta acción está en manos del hombre no es éste su dueño absoluto en el sentido que configure la verdad de cada realidad al margen del designio de Dios para ella. Esta idea, el cielo para Dios y la tierra para los hombres sin espacio de relación mutua, si ciertamente parece haber extendido un cielo terreno en algunos ámbitos, limitado muchas veces por la cerrazón eclesial a determinados progresos, ciertamente también ha extendido el infierno terreno al ejercer un dominio idolátrico sobre la realidad en donde él es señor absoluto y todo queda relativizado frente a sus planes, incluso sus hermanos.

La representación del señorío de Dios otorgado parece haberse convertido en una auto-apropiación de este señorío. En este sentido, los cristianos hemos de significar sacramentalmente cómo la referencia del hombre a Dios como último absoluto y Señor de la creación nos libera de toda opresión, incluso de aquella con la que nos sometemos a nosotros mismos, y libera a la creación de su degradación insertándola en un proceso de glorificación, tal y como lo hemos contemplado en Cristo.

Pero, ¿cuál es la forma de señorío de Dios que el hombre está llamado a imitar para configurarse como imagen de Dios y realizar un desarrollo verdadero? En los textos bíblicos este señorío aparece fundamentalmente en los relatos de la liberación de Egipto y en los de la creación. En ellos se manifiestan dos elementos.

El primero es el poder efectivo sobre la realidad, sobre toda la realidad. Definir, mover, colocar, llamar a ser o hacer ser, limitar todo otro poder... son elementos que aparecen en estos relatos. El diálogo creativo con todos los elementos terrenos, su colocación, la limitación de su realidad para dejar espacio a lo distinto (el día a la noche y viceversa, los egipcios a los israelitas...) y así crear su realidad propia, éste es el poder de Dios frente al cual no hay posible oposición ni de las fuerzas de la naturaleza (el caos, la tormenta, las aguas caudalosas...) ni de las fuerzas humanas (el poder militar del faraón...).

El segundo elemento es la limitación de su poder. Algún exegeta francés ha llamada a esto *douceur* (la dulzura de Dios, que en castellano no suena tan bien). Se trata de compartir su espacio propio creando un espacio de relacionalidad, de libertad, de otorgar la capacidad de ser delante de él, de dar la palabra que es suya propiamente hablando, de dar el poder de actuación y sometimiento sobre la realidad que es suyo en última instancia. Esto da la posibilidad de que lo distinto sea en sí mismo a la vez que está fundamentado en una acción no suya. Quizá el reflejo humano de esta forma es la paternidad o maternidad en la que se da a luz a lo distinto desde la carne propia, desde sabiduría propia, desde el trabajo propio... pero dejando un espacio abierto para que el otro no sea un simple espejo, un clon, sino otro que tenga vida y libertad suya propia.

De esta manera el señorío del hombre sobre la creación debe ejercerse como poder sobre la realidad y a la vez como potenciación de esta realidad sin absorberla como si fuera sólo una extensión instrumental de sí mismo. Ha de configurar un espacio donde todo alcance a ser en referencia mutua, en un mutuo enriquecimiento. Este señorío es expresado por los profetas en el contexto del choque no de las fuerzas naturales, sino de los poderes políticos haciendo ver que la Jerusalén dada a Israel debe configurarse como ciudad abierta donde todos puedan encontrar su propia casa, también los enemigos tradicionales (Is 6, 66; Sal 86).

Así el señorío de Dios se ejerce como señorío no excluyente sino inclusivo, en donde todo puede encontrar su lugar, lo cual supone que todo debe renunciar a ocupar todo lugar, como el mismo Dios en su autolimitación manifiesta al crear.

El señorío de Dios aparece así no como señorío a favor de sí mismo o de los suyos frente a otros, sino como señorío posibilitante de todos, como señorío protector de los oprimidos por la falta de autolimitación de alguna realidad (los monstruos marinos y el mar que parece estar al acecho de la tierra, y lo humano o el hombre que no se resigna a no ser todo y oprime a su hermano, desde Caín al faraón...), como señorío activo creador de espacios, señorío que *da lugar a* (en la amplitud de significados que tiene esta expresión del castellano). Pero además este señorío inserta en sí una forma que podríamos llamar subsidiaria de su ejercicio. No lo ocupa todo, se distingue de aquel "si uno no hace las cosas...". No es asistencialismo paternalista y, por tanto, no defiende una pasividad obediencial por parte del hombre ante Dios, que finalmente se convierte en una pasividad ante los que detentan cualquier poder que tienden a identificar con el de Dios y su orden (en todas sus formas humanas, es decir con un poder que es el que sabe y ante el que hay que someterse sin más). Este señorío de Dios crea un espacio de libertad responsable que identifica lo humano dándole un marco de acción y una libertad creativa para su ejercicio. Se trata de un señorío que se ejerce con el objetivo de la comunión o Alianza hablando en términos bíblicos, que crea un espacio común con

varios centros no en competencia ni humillación. Éstas son las bases teológicas que subyacen a los números 34 y 57 de la encíclica.

Cuando Cristo es descrito como verdadera y radical imagen de Dios o como Señor constituido ya en ejercicio de su poder por cómo se enseñoreó frente a todo poder anti-divino, es mostrado como aquel que realizó en sí esta forma de vida de Dios en relación a la creación desde el interior de ella misma. El fue el que encontró y otorgó el lugar que Dios había proyectado para todos aquellos que habían sido excluidos, el centro de comunión que creó un espacio de comunión donde la limitación se realiza en el amor y es fecunda, y el que por su radicación en el Padre venció los últimos poderes que someten la historia que no son sino el odio y la muerte, ya que fue exaltado por encima de todo nombre para que todo se someta a él llegando a la plenitud de su realización en él (Fil 2, 9-11).

Lo dicho hasta ahora supone que la presencia de Dios no sólo no coarta el desarrollo humano, sino que lo configura en un contexto en el que se evita su degradación idolátrica. Podríamos resumir para terminar este apartado: primero, que la creación nunca fue hecha entera, sino en movimiento hacia sí misma, movimiento en el cual el hombre es integrado por Dios con espacio de actuación propia. El progreso, por tanto, no es rechazado por Dios, sino suscitado por Él. Segundo, que esta acción humana puede y debe ser habitada por una confianza básica en el dinamismo interior con el que Dios ha dotado a toda la realidad, también al hombre, para ser hacia su designio. Ésta es su forma interna. La confianza del hombre en sus propias posibilidades es entonces sostenida por la fe. Tercero, que el trabajo humano por el desarrollo es un co-trabajo, ya que está sostenido por el trabajo continuo de Dios que habita la realidad llamándola a ser en movimiento hacia sí misma, hacia su consumación. Y cuarto, corolario de lo anterior, que por eso mismo el hombre no es sujeto de juicio último sobre su acción ya que está inserto en una realidad más amplia. Todo intento de entronizarse como señor sin Señor será por tanto un paso hacia su propio anonadamiento dejando por el camino un reguero de sufrimiento en la creación y en sus hermanos.

El señorío humano recibido.

Tenemos, por tanto, una creación en movimiento hacia sí misma, suscitada en su movimiento vital por Dios mismo de continuo, puesta en manos del hombre como responsable principal de que este proceso se oriente según el señorío de Dios prosiguiéndolo él mismo en su misma actividad y, por último, con la promesa de consumación dada en la resurrección de Cristo, que asegura que ni la finitud, ni los fracasos históricos, ni el mal tendrán la última palabra.

Vamos a centrarnos ahora en éste *en manos del hombre*. Éste debe configurarse a través de su trabajo sobre la tierra como aquel que centra un proyecto de relacionalidad comunal en el que todo adquiere un puesto que fecunda el conjunto total, y que se realiza en cada generación y en la sucesión de generaciones como imagen social de Dios.

Preguntémonos primero de qué hombre se trata. ¿A qué hombre se le ha dado el señorío sobre la tierra? Si atendemos a los relatos de los orígenes, en concreto al capítulo primero del Génesis, este hombre creado como varón y hembra, es decir un hombre en plural, un hombre pluricéntrico, una humanidad múltiple interiormente.

Ninguno de los dos es imagen de Dios por sí y ninguno por sí recibe el señorío, sino en cuanto uno y otro juntos. En este sentido podríamos afirmar que *todo es de todos*, que *sólo todos juntos son señores e imagen de Dios*, juntos lo poseen todo y tienen una misión. No hay una parte de uno y otra de otro, esto será posterior como vamos a ver. Ahora, en el origen, queda definido el señorío como señorío común, nadie se podrá arrojar esta prerrogativa frente a los otros y nadie podrá desligarse internamente de esta misión.

Por otra parte la segunda pareja humana que aparece en estos relatos, ahora de un autor distinto, es la formada por Caín y Abel. En ellos el mundo está repartido. Uno es pastor y el otro agricultor. La necesaria organización parece dar lugar a un reparto de funciones y de espacios. Si en principio todo es de todos, *ahora cada uno tiene una parte sin que esto pueda anular el principio anterior*.

Hay, pues, que conjugar estos dos polos necesarios ya que la relacionalidad en el espacio limitado que es el ser creado implica una diversificación de funciones y espacios con responsabilidad propia sobre una parte y común sobre el todo, aunque sin invadir este todo sometiéndolo a una parte, como parece hacer Caín. En este sentido, la encíclica afirma que “la revelación cristiana sobre la unidad del género humano presupone una interpretación metafísica del *humanum*, en la que la relacionalidad es elemento esencial” (nº 55). Esto será fundamental tenerlo en cuenta para una interpretación cristiana y humana correcta de la economía, de la política, de la cultura... tanto para que éstas no sean absorbidas por unos pocos desradicándose de los todos, como para que no se dé una dejación de las funciones que cada uno tiene en responsabilidad propia en la sociedad para que ésta funcione.

Una nueva pregunta: ¿qué trabajo, qué ejercicio del señorío está presupuesto en el hombre como imagen de Dios? Aquí el verbo que encontramos en el Génesis es *someter: Creced y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad sobre...* (1, 28). Este sometimiento que en el relato siguiente (2, 19) parece expresarse con la expresión poner nombre, dar lugar propio a las cosas, parece suponer llevar la acción de Dios más allá de lo por él realizado, sin que esto signifique fuera de lo por él proyectado. Esta nominación de la realidad conjugada con el sometimiento de la misma no parece ser sino la expresión de la acción limitativa de cada una de las realidades para que sean ellas mismas a la vez que permitan ser a las demás en una armonía liberadora de posibilidades de vida.

El desarrollo se convierte en una acción irrenunciable, pues la misma acción de Dios se autodetermina a pasar por el trabajo del hombre. La creación queda así suscitada de continuo por la acción de Dios a la vez que expuesta a la dirección humana que, sensible al aliento de Dios en ella, sostendría el ímpetu irracional de las pulsiones de la realidad que tienden a confluir conflictivamente sin dejar espacio a la vida (el caos informe). Es este trabajo de suscitar y limitar la realidad, preñada de posibilidades en el designio de Dios, la que dignifica al hombre, este trabajo el que le hace imagen suya, este trabajo el que posibilita un desarrollo integral.

Por eso son tan importantes las preguntas que entregaba la *Gaudium et Spes* (nº 33) a los hombres para su reflexión: ¿Cuál es el valor de la actividad humana? ¿Cómo es y debe ser su uso? ¿Cuál es la finalidad? Nada baladíes estas cuestiones cuando el hombre se encuentra en un mundo donde esta forma de señorío es anhelada porque no parece ser ejercida en ningún espacio humano. Nos encontramos, *de facto*, con el problema de que el poder recibido como fuerza suscitadora de vida, como fuerza proexistente, se ejercita como poder de ampliación del espacio propio, sea individual o socialmente.

Debemos reflexionar, por tanto, sobre una tercera cuestión que es la de las formas degradadas de señorío sobre el mundo y la deformación de la imagen de Dios en este ejercicio de poder.

Tal y como aparece en los relatos de origen, pero también en relatos históricos², es la codicia o la falta de asunción de los límites propios, la limitación del poder a sólo poder sin limitación, la que está en el origen de la frustración humana y creatural. Algunos teólogos han hablado de la lógica de la depredación que conduce al caos y que está en el origen del pecado. Eva (junto con Adán) que no dejan espacio para el árbol de Dios y, por tanto, para Dios mismo, Caín que no deja espacio a su hermano... manifiestan la dificultad para asumir un señorío a imagen de Dios, con su dulzura propia, manifiestan la dificultad para ejercitar un señorío sometido a la lógica del señorío *común* y del señorío *subsidiario*, a la lógica de un señorío *autolimitado* y *proexistente*. El subdesarrollo que podría describirse como caos social en el sentido de que las realidades existentes en ese espacio no están configuradas por una acción que las potencie para dar lugar a la posibilidad de vida a la altura de las necesidades, tiene como causa especialmente importante, dice el Papa citando a la *Populorum progressio* (nº 66), “la falta de fraternidad entre los hombres y los pueblos”. En el discurso que vendríamos realizando podríamos seguir con su misma lógica: ésta es la causa y no tanto la limitación técnica o la falta de poder, sino la degradación de éstos.

La codicia por miedo a la limitación, a la muerte, de la que no se puede escapar, el miedo a no recibir lo que únicamente nos sostiene y nos consume en cuanto don, como bien se ve en el diálogo de Eva frente al árbol, es el fondo de la cuestión. Y, por tanto, sólo la fe en que esta limitación es lugar fecundo de comunión es lo que nos libera para un poder y un señorío a imagen de Dios.

¿Cómo recuperar entonces el verdadero señorío o cómo alcanzarlo? El camino cristiano podríamos sintetizarlo en dos frases de Pablo que necesitarían largas matizaciones, pero que quizá nos valgan como pequeña aproximación. La primera es de la carta a los romanos en la que invita a los cristianos de esta ciudad con la siguiente exhortación: *no os acomodéis al mundo presente, antes bien transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto* (Rom 12, 1-5). Lo cual habría que entender no como no someterse a la existencia creatural con todo lo que esta supone, sino a la configuración que ésta se ha dado a sí misma en la que la imagen de lo humano está engañada y deformada, así como sus relaciones. La presuposición del pecado que es asumido como situación humana es aquí importante en un momento en el que mientras los movimientos culturales nos han enseñado a desconfiar de la buena voluntad, del sentido común y de la mera razón, en la Iglesia ingenuamente parece que hemos olvidado el poder del pecado en la configuración de nuestro ser y de la forma social de éste.

El segundo texto es de la carta a los filipenses en la que Pablo les anima a identificarse con los sentimientos de Cristo, que no se limitan a afectos, sino que son sentimientos activos o que marcan una forma de existencia. El problema de fondo es siempre el de un tipo de relaciones en las que el conflicto no permite establecer un poder autolimitado y proexistente, y por tanto no da espacio a las posibilidades de la vida sujetas a la aparición de los hijos de Dios, como dirá San Pablo también en Rom 8, 19. La Iglesia y los cristianos en este ámbito no necesitan hacerse con el poder sobre

² Algunos relatos de los libros históricos como el del pecado de David o el de la viña de Nabot son altamente significativos en este sentido.

toda la realidad sino suscitar en medio de ella, sacramentalmente por tanto, signos del nuevo mundo que nace de la realización del hombre como imagen de Dios y por consiguiente, alrededor de Cristo, verdadero Señor de la creación en poder y limitación en potencia suscitadora de vida y en *kénosis* proexistente.

Algunos cristianos habrán de estar insertos en estructuras de poder social e intentar configurarlas con estos criterios, y otros tendremos simplemente, y no es menor el reto, que manifestarnos como signos de los espacios que abre una realización vital en la forma señorial de Cristo.

Unos y otros tenemos como centro configurador la *eucaristía*. En ella se manifiesta la comunidad en torno a un solo Señor con muchos miembros que son su cuerpo, que además es más amplio, como deja constancia Mt 25, 31-46 y Jn 10, 16. En la eucaristía aparece en ejercicio el señorío de Cristo que unifica en sí las fuerzas personales de todos que él mismo ha suscitado en su trabajo sobre el mundo, realizando un señorío propio y compartido a la vez; que suscita la libertad y la arraiga en la fuente de su sentido. En esta línea se nos invita a llevar la materia hacia su consumación con él y en él, a trabajar en un desarrollo de la materia creatural que se haga espacio común y exprese la vida de Dios que se da en una exuberancia de espacios, todos ellos unidos en reciprocidad de amor como él mismo es. Una materia que es asumida por Cristo para expresar la comunión del amor y, para ello, es sometida a la entrega kenótica del don total de sí: vida dada que se hace espacio de vida.

Algunas preguntas habría que hacerse, finalmente, que concretaran el desarrollo de la reflexión. Preguntas sobre nuestra actividad concreta en nuestro mundo concreto. Nuestra acción concreta, a lo que nos dedicamos y que define lo que somos, ¿sirve para desarrollar la realidad, para abrirle espacios de vida? Nada de pietismos ingenuos o justificativos y nada de culpabilizaciones excesivas que se realizan desde lo que no se puede hacer. Es necesario concretar y percibir si la vida la ejercitamos en sus dinanismos egocéntricos o proexistentes, es necesario percibir hasta qué punto nos tiene atados el dinamismo consumista que vive de la lógica de una depredación insolidaria, de la expulsión del límite, de la justificación de necesidades desde el ensimismamiento del sujeto. El consumo, verdadero ídolo de nuestra sociedad, sólo se sostiene porque tenemos un alto poder económico que se ha olvidado de la función social de toda propiedad y somete al individuo, centrándolo en sí, a las pulsiones de la apropiación y acumulación insaciable que entrega a ellas la consecución engañosa de su ser. Ahora bien, cuando Dios se encuentra, si podemos hablar así, con la sobreabundancia de su poder de vida, lo cual le es propio, no reacciona con una acumulación en sí, sino que se somete a una participación extrovertida de su ser (Trinidad) de la que surge la creación que le pesará, pero de la que nunca se arrepentirá. Éste es su amor siempre vivo que nos invita a repensar el ejercicio de nuestros poderes de consumo.

En este sentido la austeridad de vida y la libertad de espíritu son necesarias en la vida cristiana. O, dicho de otra manera, en el contexto de nuestro mundo de abundancias, es necesario vivir por debajo de nuestras posibilidades dominando nuestro poder vivir mejor en orden a la suscitación de vida. No podemos dejar que la convicción perversa de que algunos pueden vivir miserablemente, pero nosotros no podemos vivir con un poco menos nos haga abandonar en la práctica nuestra fraternidad humana olvidándonos del principio creatural de que el mundo no está creado para que unos sean señores y otros miserables siervos, sino para que todos (Adán y Eva) sean uno en una comunión de vida que reciba la abundancia de los bienes que Dios ha creado.

Por último, es necesario meditar nuestro límite último, la muerte, pues en él descubrimos que nuestro desarrollo siempre es insuficiente, lo mismo que nuestras posibilidades de acción en el mundo. La purificación crística obliga a asumir que el fin del desarrollo integral no está en manos del hombre, sino que pertenece al mismo Dios. La fe en la resurrección atempera el desmedido afán de las ideologías por desarrollar el mundo hacia paraísos a cualquier precio, lo cual significa siempre al precio de infiernos marginales, como bien han dejado en evidencia las ideologías del siglo pasado. La valoración de los bienes terrenos y del señorío sobre ellos en orden al desarrollo integral requiere saber entregarlos más allá de nuestras posibilidades a la consumación que sólo Dios puede dar. Es decir, el señorío del hombre se realiza en humildad creyente, en una confianza que reconoce la grandeza de un Amor que deja todo en manos del hombre, ante el cual el creyente termina ofreciéndolo todo pues sabe que sólo en él se consuma.

Los días de cuaresma y la pasión de Cristo nos recuerdan a los creyentes que somos salvados por un señorío que parece disolverse en un mundo que se cierra en sí, pero que en la dulzura de su entrega, de su confianza en la potencia de vida de Dios que sabe dar a cada cosa su lugar, es recuperado como centro de vida para todos. Por eso es en la pasión y resurrección de Cristo donde descubrimos cómo es el señorío de Dios sobre el mundo y cómo debe ser el señorío del hombre en cuanto imagen de Dios. Cristo, Señor de toda la realidad es, por tanto, el criterio último donde se nos muestran los criterios de acción sobre el mundo para que éste quede afirmado como el espacio de vida que Dios pensó y que se empeña día a día en llevar a su gloria.

Publicado en: VV. AA., *PARROQUIA DE SAN JUAN EL REAL.*
Conferencias cuaresmales, Oviedo 2010.